

● Corona de aforismos a la eterna memoria de mi inolvidable amiga Virginia Aguirre

POR MIJAIL MALISHEV

Cuando al hombre le parece que todo lo deseable resulta imposible, que nadie puede hacer la menor cosa por él, que todo está irremediamente perdido; si, a pesar de esto, todavía conserva la esperanza en un milagro, esta esperanza es, por sí misma, un milagro.

Por natural e inevitable que resulte la muerte de un ser querido, la fuente de la tristeza está en la comprensión de su singularidad. Desde luego, el sentido común podría sugerir explicaciones oportunas: coincidencia fatal de circunstancias, edad avanzada, enfermedad incurable. Y sin embargo, sin embargo... Todos estos argumentos, por contundentes que pudieran ser, no son capaces de eliminar en nuestra alma el sentimiento tenaz de que esa muerte es algo injusto y pérfido.

El futuro crea un abanico de fabulosas posibilidades, pero el pasado las reduce al pluscuamperfecto: el desafío quijotesco contra lo irreversible.

El hombre se distingue de otros animales por la conciencia de su muerte, pero todavía más por el deseo de no morir.

El moribundo se ve en una situación trágica cuando la fecha de su fin es tan cierta como la necesidad de morir un día cualquiera. Esta situación provoca el infierno de la desesperación. Precisamente por eso el hombre pospone la fecha de su muerte, se rebela contra su inminente fin diciendo: “sin duda voy a morir, pero no por ahora, más tarde, un día, en que no es necesario pensar”. Así que la muerte, a pesar de su inminencia, *casi nunca es para esta ocasión*.

Nada nos pertenece. Esta idea abstracta se transforma en vivencia existencial cuando nos encontramos en una situación-límite: entre el ser y la muerte.

El futuro es mientras *será*; el pasado es en tanto *era*; sólo el presente *es*, porque incesantemente devora lo que *todavía no es* y lo transforma en lo que *ya no es*.

La vida humana es demasiado corta para aprender todo y demasiado larga para morir y no comprender esta verdad.

Tras la desolación por la pérdida de un ser querido llega la resignación. Esta conciencia de no poder reemplazar a quien ha desaparecido para siempre, nos obliga a establecer un nuevo *modus vivendi* con nuestro ser disminuido.

Qué es el azar sino la arbitrariedad de un destino endemoniado que, de vez en cuando, nos advierte que los caminos de la vida son inescrutables.

Ya que nadie sabe cuándo morirá, el tiempo puede ser médico, verdugo o curandero que mantiene a su paciente en un estado intermedio entre el vivir y el morir.

Cuando uno está sufriendo mucho, el dolor desaloja la idea de nuestro propio no ser. Centenares de pequeñas molestias avasallan nuestro cuerpo, y en ese momento no se piensa en la muerte, aunque se vivencia su llegada.

Hubiéramos podido desmiente la razón suficiente de lo sucedido en el pasado, es una reversa imaginaria que nos transporta al momento en que todavía no se habían desvanecido las posibilidades de tener una mejor opción.

Ante la inminencia de la muerte entendemos una verdad: el ser es el tiempo, y es éste lo que le da al ser la posibilidad de otorgarle algún sentido a su existencia.

El hombre canta aleluya a la grandeza del ser. La razón de este elogio es su temor ante la nada.

El futuro cercano es incierto y el porvenir lejano es fúnebre, pues lo que tiene que ocurrir, tarde o temprano ocurrirá. Sin embargo, el futuro cercano nos reconcilia con el porvenir lejano porque lo pensamos tan remoto que es *commensurable* con la imagen misma de *lo eterno*.

Si los estoicos profesaron: “no confíes en la llegada de lo que esperas, aprende a convivir con lo que acontece”; los modernos afirman: “no te conformes con lo que sucede, contribuye al surgimiento de lo que se está gestando”.

Al paso de los años empezamos a reconocer con ternura lo que fueron nuestras ilusiones y hasta nos enorgullecemos de ellas.

Lo acontecido hubiera podido suceder de otras maneras, y en estas posibilidades desvanecidas radica la nostalgia por las ilusiones perdidas.

La muerte es una tragedia porque casi siempre se presenta *antes* de que desaparezca nuestro deseo de vivir y de disfrutar la vida.

A veces, sin haber sufrido otras desgracias, la única desdicha que convierte al hombre en un mártir es su nacimiento.

La memoria es un consuelo débil que no suaviza tanto sino que exacerba la crueldad implacable de la irreversibilidad del tiempo: “y al volver la vista atrás/ se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar”.

La brecha que separa el resultado de la meta anhelada puede servir como criterio para elegir el adjetivo para el sustantivo destino: irónico, caprichoso, pérfido, cruel...

Si el desenlace de la vida es la muerte, entonces la vida es un existir sin esperanza de éxito. Sin embargo, según Albert Camus, vivir dignamente significa no humillarse con el *amor fati* de un conformista ni descender hasta el atolladero desesperado de un suicida. Vivir significa existir desafiando el absurdo de morir.

Los vaivenes del azar introducen en nuestra vida muchas enmiendas: trastornan nuestras expectativas, desbaratan nuestras ambiciones y nos transforman de pastor del ser en simple oveja del rebaño humano.

El tiempo borra lo que no sucedió pero *hubiera podido* suceder. Si se anulara el pluscuamperfecto, el pasado se convertiría en un reino lúgubre de necesidad, como si sus agentes fueran simples marionetas en las manos de un poderoso titiritero.

El rito fúnebre fue el primer desafío del ser humano a la fragilidad del tiempo de su existencia lamentable.

El devenir es enemigo de la eternidad: la desaloja de este mundo mudándola al más allá.

La vida es un payaso. ¿Qué otra cosa podemos esperar del *borrador* que *reparamos* en el pluscuamperfecto?

El presente *existe*: nadie puede salir de sus límites ni por un instante, mientras que el futuro y el pasado *existen* aunque todavía no hayamos entrado o hayamos salido de sus fronteras.

La idea de la mala suerte me ayuda a soportar mis desdichas, aunque no me libera de una amarga pregunta: ¿por qué, carajo, me toca ser su víctima?

La existencia de nuestros padres y abuelos es una trinchera simbólica que protege nuestra vida y nos aleja del fantasma de la muerte. Al convertirnos en huérfanos, ocupamos su trinchera y protegemos simbólicamente la vida de nuestros hijos y nietos.

Spinoza consideraba que el hombre libre en ninguna cosa piensa menos que en su muerte; al contrario, Kierkegaard sostenía que sólo la vivencia de la muerte nos hace comprender el sentido auténtico de nuestro existir, mientras que para Cioran la idea de nuestro fin es como un tóxico fortificante: nos corroe, pero también nos tranquiliza.



Un animal pensante, como millones de sus congéneres, se arrastra sobre la superficie de la tierra desgarrándose en su existencia lamentable por la idea de que es un ser singular, y su autoconciencia acentúa todavía más su destino trágico.

El futuro nos da nuevas posibilidades, mientras que el pasado nos obliga a comprender mejor los obstáculos en el camino de sus realizaciones.

La agonía de esperanza acontece como una resignación sumisa ante la inminencia del fracaso, como una rabia impotente contra la oportunidad perdida o como una desesperación obstinada que presiente lo irremediable de su derrota y, no obstante, continúa su *resistencia* contra lo irreparable... en el pluscuamperfecto.

El consuelo nos reconcilia con la desdicha y finge ofrecernos una tercera opción entre el éxito y la frustración.

Quien es amado por sus méritos quisiera ser amado por su ser. No entiende que sus méritos constituyen el meollo de su ser.

El ser humano es el único animal que sabe que desaparecerá y también el único que quiere ser reconocido después de su muerte.

Obtenemos una amarga lección de nuestros equívocos a costa de *vivificar* el cadáver de lo acontecido en el pluscuamperfecto.

Como nuestra esencia no coincide con nuestra existencia, de vez en cuando nos sorprendemos de nosotros mismos.

Soy lo que soy no es garantía de que llegaré a ser lo que soy capaz de ser. El azar corta las alas de nuestros sueños.

Para algunos, toda la vida es un simple ensayo que se convertirá un día en obra maestra. Esperando el acontecimiento milagroso que los redima, pasan al lado de la felicidad sin reconocerla ni percatarse de que el milagro anhelado se encuentra en los acontecimientos que están viviendo.

La nostalgia es hija de la irreversibilidad del tiempo que crece con el devenir. En la medida que se agota la sorpresa de existir, aumenta la simpatía por las ilusiones perdidas.

El hombre es una partícula del universo, pero no podría existir sin considerarse el centro de su microcosmos.

Cioran dijo: “La muerte es inmoral”, ya que “al morir arrastramos a la tumba el mundo entero”. Por fortuna, existe una *fe animal* que, según Santayana, resiste a la sofística del solipsismo de la muerte y nos convence de que el mundo seguirá existiendo después de nuestro fin.

La vida es irónica. ¿Qué otra cosa podemos esperar de un manuscrito que *corregimos* en el pluscuamperfecto?

No sólo necesitamos de los demás, también necesitamos que nos necesiten: reconocer esta necesidad da sentido a nuestro ser.

La autoconciencia transfigura a cada ser humano, por insignificante que sea: lo hace sentir único e irrepetible. En ella radica su grandeza y, a la vez, su tragedia,

pues el hombre sabe de su fin inevitable y a la vez sabe que su yo es singular y que nunca volverá a ser.

El discurso del remordimiento: *sucedío, pero hubiera podido no suceder*. El discurso de la nostalgia: *aconteció, pero hubiera podido prolongarse hasta hoy en día*.

A veces empiezas a pensar y te abarca el miedo de seguir pensando por no perder la última ilusión de que todavía hay algo sagrado en este mundo.

La muerte es irónica: nunca se presenta como la imaginamos. Cada moribundo, si fuera capaz de hacerlo, exclamaría: "¡Ah, desgraciada, es así como eres!"

En la juventud nos parece que pasa el tiempo, pero en la vejez descubrimos que somos nosotros los que pasamos.

La distancia entre el vivo y el muerto es absoluta y equivale a la infinitud que separa el ser de la nada.

Algunas verdades nos excitan como si tomáramos una copa de champaña; otras nos desembriagan, haciéndonos sufrir una cruda, y otras más nos provocan el deseo de emborracharnos hasta el punto de que sea imposible separar la verdad de la ilusión.

El principio de todos los principios de razón suficiente dice: existe el ser y no la nada. La nada es un parásito del ser que se alimenta de sus despojos.

El pluscuamperfecto es un mago que transforma lo irreparable en lo virtual. *Hubiera podido* es una ilusión que nos ayuda a *abrir* una brecha en la fatalidad de lo irreversible.

El pensador es un hombre común y corriente, pero a diferencia de los demás transforma la reflexión sobre la esencia de la vida en el sentido de *su* existencia.

El hombre está provisto del saber de su fin irremediable, pero desprovisto de suficientes recursos anímicos para sobreponerse a esa verdad implacable. Esto le obliga a recurrir al *último recurso*: la fe en el más allá.

La comprensión de que la vida es breve suele llegar demasiado tarde para sacarle provecho a este aprendizaje.

La muerte es lo inhumano demasiado humano.

Toda nuestra vida es una preparación para el réquiem que no nos tocará escuchar.

Que Dios exista o no es imposible demostrarlo. Pero el hecho de que muchos lo necesitan le otorga un gran valor. No todo lo que vale existe, pero tampoco todo lo que existe vale.

La lucha por la existencia convierte la duda hamletiana –ser o no ser– en el deseo inquebrantable: *iser!*

Cuando alcanzamos una edad avanzada solemos percibir nuestra existencia como un tiempo finito que poco a poco se va retirando: comprendemos que nuestra vida se está acabando. Y sin embargo, a pesar de la nostalgia, entendemos que lo más importante está delante, pero que, desgraciadamente, se va recortando, se va reduciendo...

Vemos en el reconocimiento póstumo el único remedio para salvar del olvido absoluto a los que ya se fueron. Queremos salvarlos en nuestra memoria..., por lo menos en nuestra memoria.

Antes de extinguirse en la oscuridad de la decepción, el alba que engendra los rayos de la esperanza atraviesa los crepúsculos de un *desencanto elegiaco*.

Si hemos contribuido a la lucha contra el mal y hemos preparado mejores condiciones para nuestros descendientes, tendríamos entonces que agradecer el hecho de haber nacido, de haber vivido un rato en este mundo y, quizá, de haber tenido buenas razones para estar contentos de nosotros mismos.

La vida terrenal del hombre es un instante en comparación con la eternidad, pero precisamente de ese instante depende la calidad de *vida* en el más allá.

Por triste que sea nuestro fin terrenal siempre hay algo en el pasado cuyo recuerdo otorga alegría a nuestro corazón.